

## COPLAS, de Antonio de la Torre

La reciente y ya firme Editorial «Oeste», de Mendoza, ha dado su segunda obra con la quinta del poeta Antonio de la Torre, «Coplas». De la Torre publicó antes «Canciones del Peregrino», «Vendimias Líricas», «Gleba» y «La Tierra Encendida». Ha sido de la Torre un poeta que, partiendo desde el vértice de los intentos, encontró en la sustancia terrena la guitarra de su tiempo; ahora, estas «Coplas» le señalan como una segura conquista de la poesía popular, popular en su sentido de ser espontánea y pura, valerosa en su desnudez de espiga:

«La copla es el corazón  
que mide el tiempo que pasa».

La copla es el pueblo puesto en trance de vihuela. Forma del verbo entusiasmado, filón de sol para alumbrar las entrañas de cualquier suceso que no acepta sino el loor sin retóricas, el loor que nace sin tanteos, caudaloso y sincero, con los acentos primeros de la emoción, la copla representa, cuando se la gana y se la apropia un verdadero poeta, una espléndida manera de marginar los días y realizar el canto. De la Torre está en gran dominio de la forma, y como es un poeta auténtico, su libro resulta insuflado de virtudes. Despectivamente se dice de un poeta mediocre: *coplero*. Pero, dando vueltas el insulto, *coplero* es el poeta desprovisto de tiempo para acicalarse y corromperse, el poeta en su virginidad, el poeta con sólo la voz, libre de poses literarias, cantando simplemente.

Y de la Torre es *coplero* profundo, es decir, ha llegado al poeta elemental, y ello no implica *mínimum* sino *finura* en su oficio de prender a cada acontecimiento, una copla; un comentario sutil, dicho en lengua graciosa:

«Copla por haber soñado,  
copla por haber vivido,  
y copla por lo reído,  
y copla por lo llorado».

Podríamos agrupar las coplas de este libro en diversas categorías: las del amor, («Coplas para lo linda que eres» y «Coplas del amor logrado»); las de la tierra, («Coplas de mi guitarra» y «Coplas del mate»); las de la amargura, coplas negras, («Coplas del hombre celoso», «Coplas del daño y del duelo» y «Coplas del mal de llevarte»); las de intención, («Coplas del pueblo», en estilo gauchesco); las del desencanto, («Coplas que el tiempo dejó», «Coplas de novia imposible», «Coplas de lo irremediable», «Coplas del amor que vuela» y «Coplas de la soledad»); además, el volumen contiene tres romances que donairosamente contruídos quedan, sin embargo, por debajo de las coplas.

Sencillez y frescura coronan estos versos de de la Torre; el corazón se desborda y los cauces quedan henchidos de rubíes:

«Que nadie tuvo la culpa;  
ni tú ni yo lo quisimos;  
éramos dos huellas solas  
y ya somos un camino».

Es el pueblo que habla descuidado de glorias, con la única de ser sincero y cubrir las cosas y los seres con el laurel de su limpieza; y como es pueblo, es pícaro, risueño, inocente todavía en lo dudoso:

«Tan delgadita que fué  
y tan gorda que volvió;  
¡caramba cómo alimentan  
las uvas del Albardón!...»

Leyendo a de la Torre, se piensa en Manuel Machado y en Alberto Guillén; Machado es más seco, con las savias concentradísimas; Guillén, como de la Torre, es americano, esto es, ama los bellos círculos verbales; como Guillén, de la Torre juega, y quema palabras, lo mismo que ramos de flores penetrantes; Guillén y de la Torre se afanan por la agudeza de la metáfora, y en sus caminos hallan al hai-kai; en «Cancionero» de Guillén y en «Coplas» de de la Torre, el hai-kai logra surcos muy íntimos:

«Quítame el pájaro negro  
que pica en mi corazón  
para arrancar un recuerdo».

escribe de la Torre. El hai-kai, resumen de poesía, es igual a la copla por su brevedad, igual por su esencialidad:

«Llévate la tarde aquella  
y borra con vientos nuevos  
tu huella sobre la arena!...»

Copla y hai-kai no toleran los encajes inútiles; son síntesis y, sobre todo, médula de poesía:

«No te acuerdes más de mí  
y apágame aquel lucero  
que al conocerte encendí».

Siendo la copla expresión de hombre, la mujer yace en su fondo como signo de luna; el poeta de «Coplas» la siente en su totalidad y deviene su orilla más ardiente:

«En tus trenzas un jazmín  
graciosamente has prendido:  
es el lucero primero  
que en la tarde ha florecido».

Y siendo la mujer escuela de angustias, quieta, y la sabiduría le brota al varón como un sudor interno:

«Como la ausencia de frío,  
como la ausencia de largo;  
mujer que no ceba bien  
no tendrá amor a su lado».

Es la sabiduría que se enreda en las sienas del poeta y le dicta las rutas de una serenidad conseguida con su propia sangre. Es la serenidad que le lleva a decir:

«Dichoso será el varón  
que tenga un amigo fiel,  
un mate y un buen amor»

Intenso plan que se repite en esta cuarteta:

«Sólo aspiro a una casa soleada  
—mejor si está en la sierra—,  
una mesa sencilla de trabajo,  
una cama y un libro centinela».

Cuarteta que entronca con aquel lejano precepto del Anónimo Sevillano, modelo de quietud interior:

«Un ángulo me basta entre mis lares,  
un libro y un amigo, un sueño breve  
que ni perturben deudas ni pesares».

De la Torre ha compuesto sus «Coplas», saltando de las rimas ligeras a las severas asonancias, con mesurado fuego; la poesía resfulge en sus breves cantos y es la última estrella del libro.

Cuando se termina de leer esta obra, se piensa en lo que podríamos llevar a cabo en nuestro país, si en las provincias insurgieran, como en Argentina a cabo estos movimientos de reconquista del perfil particular de cada zona de la república; este libro tiene una meta: *cuyanidad*. Y, de este modo, Argentina se encuentra y se agranda. A nosotros toca seccionar nuestra tierra, quitarle el rostro genérico que nos cubre, para descubrir los especiales que viven sumergidos en su riqueza.

Exornado distinguidamente por Amadeo Dell'Acqua, «Coplas» es un nuevo éxito de su autor y del querido Ricardo Tudela, mentor de «Oeste» y su mejor bandera.—ANDRÉS SABELLA.



HUELLAS EN LA TIERRA. Cuentos, por Oscar Castro Z.—Edit. Zig-Zag. Santiago

«Este libro revela a un cuentista de las más altas cualidades. Hay que admirar en él su intenso aliento poético, su realismo y precisión en el dibujo, su habilidad para ambientar las escenas, para plantear situaciones expectantes y darles, sin recurrir al truco rebuscado, un desenlace natural». Así dice Armando Bazán en el prólogo de «Huellas en la Tierra».

Y así es la verdad. Al menos, parte por parte. Desde luego, ya habíamos apreciado, en anteriores libros de poesías de Oscar Castro, su natural aliento poético—natural, aunque no muy intenso, a nuestro parecer—; su precisa objetividad en las imágenes y su habilidad para alcanzar, sin rebuscados procedimientos modernistas, efectos novedosos en sus versos. Y junto a todo eso, una galanura de expresión singularísima. Ahora, ¿qué es lo que les falta a estos cuentos que, dadas las cualidades enunciadas y alabadas, nos producen a la postre una impresión que casi no deja ninguna impresión? ¿Les falta medida; les falta gusto, o fuerza, o trabazón de esas partes, para